

El Periódico ilustrado.



Número 26.

DEL 31 DE AGOSTO AL 7 DE SETIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 3 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. Un año 28 »	—Seis meses 14 »	
Ultramar. . Un año 30 »	—Seis meses 15 »	

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Poesía*, por Blasco.—*Los diamantes en bruto*, por V. L.—*Una vuelta por el Escorial*, por Valentino.—*Cantares*, por Virto.—*Memorias de un canario*, por F.—*Los vendimiadores*, por Belza.—*Historia de muchas*, por Valentino.—*La feria de Alcalá*.—*La caza*.—*Salamanca*. LAMINAS: Salamanca.—Los vendimiadores.—La feria de Alcalá.—Biarritz.—La caza.



LOS VENDIMIADORES.

REVISTA DE LA SEMANA.

Algunos grados ménos en el termómetro, y algunas gotas de agua más en la tierra, marcan la diferencia que existe entre esta semana y la anterior. Calculen ustedes por lo tanto si estaremos frescos, cuando para encontrar calor tenemos que recurrir á las polémicas.

Un solo acontecimiento ha venido á sacarnos de nuestra indiferencia, y este ha sido la representación de la *Mutta de Portici* en los Campos Eliseos.

Esta ópera, la más inspirada sin duda de cuantas ha producido el inspirado genio de Auber, ha sido presentada con gran lujo y cantada á la perfección, sobre todo los actos segundo, tercero y cuarto, que son los más animados de la obra. Tamberlik se ha escedido á sí mismo, particularmente en su deliciosa barcarola que comienza:

Il picciol legno ascendi
E limpido el matin,
Voga é se á prenda intendi
T'arriderá il destin,

y en la escena de la locura en que al repetir este motivo lo hace con tal espresion de melancolía y tristeza, que involuntariamente asoman las lágrimas á los ojos.

Nuestros lectores conocen demasiado la historia de Masaniello para que nos detengamos á referirles el argumento de la ópera, y si bien en ella aparece algo desfigurado el personaje, siempre es el intrépido tribuno de veinte y cuatro años que llegó á reunir ciento cincuenta mil sediciosos armados dispuestos á obedecerle; que negoció de igual á igual con el virey de una nacion tan poderosa como lo era entonces la España, y que despues de haberse librado de las balas de doscientos asesinos que el principe Caraffa envió contra él, fué á caer bajo el puñal de sus mismos compañeros, lo que le hizo exclamar en el instante de morir: *jah! traidores ingratos!*

Una de las cosas que más han llamado la atención en la *Mutta* son las decoraciones pintadas por nuestro querido amigo D. Francisco Plá, conocido ya por sus trabajos del mismo género. Efectivamente, venciendo no pequeñas dificultades, como son la estrechez de los costados del escenario, y la falta de punto de vista que se nota en casi todas las localidades de la platea, este artista ha logrado presentar dos ó tres cuadros con gran efecto de perspectiva, y una riqueza de detalles que quizá perjudica al conjunto. Las decoraciones más notables á nuestro juicio son las del segundo y cuarto acto; aquella por la transparencia y finura del color, y esta por lo bien dispuesto de las líneas, y por los conocimientos arquitectónicos que revela. Desearíamos sin embargo, ver al Sr. Plá funcionando en un espacio menos limitado, y en el libre uso de su fantasía, pues el que ha pintado el techo del teatro Rossini y los telones del primer acto del *Profeta*, del jardín que figura en *Macbeth*, aunque no á la distancia conveniente, y otros muchos con que ha enriquecido aquella escena, puede hacer más de lo que ha hecho; puede aspirar á obtener el cetro de la pintura escenográfica española, que anda por los suelos desde el tiempo de Aranda.

Por supuesto, que aun no hemos contado á Vds. lo más notable de *La Mutta de Portici*; porque lo más notable es que á pesar de todas estas bellezas de ejecución, de escena y de aparato, á pesar de que se repiten siempre dos ó tres piezas, y se hace salir á los artistas con verdadero entusiasmo, la ópera no da un cuarto, habiendo estado el teatro casi vacío la segunda noche. Vds. dirán que no lo entienden y yo tampoco. La única razón que se me alcanza para esto es que llevamos más de veinte meses seguidos de este espectáculo y que el público ha llegado á fatigarse, con tanto más motivo, cuanto que hace ya algunas semanas está soñando con el Teatro Real, verdadero templo del arte italiano.

Otro acontecimiento, también de gran importancia, es la filia que se ha echado á volar estos días de que una empresa proyecta convertir á Madrid en puerto por medio de un gran canal, cuyo embarcadero se colocará en el Campo del Moró. Estamos seguros de que el Manzanares al saberlo, sentirá no poder ahogarse de pena, por no tener caudal ni aun para eso. Nos consuela, con todo, saber que es mucho más fácil construir una catedral, un teatro, un palacio para exposiciones, y otras muchas cosas en que aquí se ha pensado, y que no se han hecho todavía, ni se harán

hasta que Dios quiera. Calculen Vds. por lo tanto lo que sucederá con el puerto, donde seguramente si alguno se embarca, será el nuevo Noé que sobreviva al cataclismo del Juicio final.

En lo único que abrigamos esperanza es en poder ir dentro de algunos meses de aquí á Carabanchel por medio de un tram-via, cuyas obras se han inaugurado en esta semana, y que darán nueva vida y animación á ese pueblo, donde se goza una temperatura muy agradable, y que en los desiertos que nos rodean constituye un verdadero oasis.

Se acerca el día en que los teatros de Madrid deben abrir sus puertas, y aunque no se sabe de positivo lo que nos preparan para este día, se habla ya de muchas obras de mérito que están en turno para ser representadas. Los buenos poetas no se descuidan, ni los malos tampoco. ¿Qué más? Hasta Estrada, el de los pentacrósticos cruzados, ha vuelto á esgrimir la pluma con que escribió el *Piston*, y se ha descolgado en la Zarzuela con un propósito sobre la noche del 10 de Abril, en que llama á Gonzalez Brabo *ogro de luz esplendente*, y á los estudiantes *esbirros cándidos de ciencia infusa*.

Pero... basta; no aumentemos los horrores de aquella noche, ni nos confundamos al censurar tamaños desatinos con esa turba de copleros rutinarios, á quienes ha anatematizado ya el Sr. Estrada, valiéndose de todas las formas... geométricas.

M. DEL PALACIO.

POESÍA.

Te ví... de mañanita;
Siempre te veo cuando el sol asoma
Y pródigo en colores
Los anchos valles abundante dora.

Busqué rosas de mayo
Para ofrecerte la nupcial corona,
Y á tu lado las pobres
De rubor y de envidia estaban rojas.

Quise adornar tu cuello
Con finisimas perlas de Golconda,
Pero lágrimas tuyas parecían
¡Y sufro yo, sí lloras!

Perfumes orientales
Quemé á tu paso, en desdichada hora,
Que al percibir un soplo de tu aliento
Sentí más dulce aroma.

Un ramo de claveles
De mi cariño te envié en memoria;
Tus labios al tocarle,
Se confundieron con las frescas hojas.

¿Qué valen los tesoros
Precio mezquino de imperiales joyas,
Sino hay diamantes negros
Como esos ojos que en tu rostro moran?

Dime por qué tus ojos
Pesares ¡ay de mí! tristes pregonan
Y el blanco pañizuelo
Llevas al rostro con mortal congoja.

Refiéreme tus penas,
Cuéntame dolientisimas historias,
Pero... por Dios, no llores.
¿No sabes que me matas cuando lloras?

Si en el mar de la vida
Vencer intento las mugientes olas,
Cada suspiro tuyo
Es un viento contrario que me azota.

Morir por tí no quiero
Aunque me aguarde, al espirar, la gloria,
Porque... despues de verte
Parecerán los ángeles tu sombra!

E. BLASCO.

LOS DIAMANTES EN BRUTO.

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

En las orillas del Tajo, de ese rio que tan magníficos paisajes recorre desde Aranjuez hasta Lisboa, se ele-

va una encantadora casa, que bien pudiera llamarse palacio sin notable exageración. Blanca y elegante, retratan las aguas sus paredes de mármol y sus ricas ventanas cinceladas como una obra de platería, al mismo tiempo que se destaca sobre el verde sombrío de un bosque de encinas seculares, á la manera de una perla sobre los negros cabellos de una hermosa.

Todo cuanto el campo tiene de agradable y todo lo que la industria inventa para el lujo y las comodidades de la vida, se encuentra reunido en aquella mansión.

Una tarde de diciembre de 48.... nos encontráramos al ponerse el sol, reunidos varios amigos alrededor de una grande y artística chimenea en el salon de invierno de esta casa. Enormes trozos de encina ardian sobre dos esfinges de bronce, obra de un afamado escultor. La llama, elevada y poderosa, exhalaba un calor tibio y perfumado, mientras que por las ventanas entraba la dulce y melancólica claridad del sol en el ocaso.

—¡Feliz puede llamarse el hombre cuyo bienestar y cuya dicha son obra suya! ¡Feliz mil veces aquel que solo debe su fortuna á su inteligencia y su trabajo! exclamó uno de nuestros compañeros.

—¡Ah, señores! interrumpió el dueño de la casa, mi inteligencia y mi trabajo, por más laborioso é inteligente que tengais la bondad de suponerme, tienen poca parte en las causas de mi prosperidad, y así sucede generalmente con la de todos los hombres que alcanzan las más altas posiciones y la fama más imperecedera. Dios puso en los orígenes de los más encumbrados y brillantes destinos tanto de casualidad y un punto de partida tan miserable y mezquino, que la humana soberbia debe anonadarse, y reconocer que el talento y el valor de un hombre, por grandes que sean, quedarían inútiles y perdidos sin los extraños acontecimientos y los incidentes pueriles que á veces vienen á dar impulso ó á destruir los más descabellados intentos, ó los planes más vastos y mejor combinados.

Considerable es mi fortuna.... Pues bien, amigos míos; durante tres años he tenido en mi poder, he tratado con desprecio el objeto que debía ser el fundamento de mi prosperidad. De la misma manera que en la parábola del Evangelio, arrojé la piedra angular que debía servir de sosten y cimiento á mi edificio.

Yo nací en España, señores. Mi padre emigró á principios del siglo, y se estableció en una pequeña ciudad de Holanda. Allí, despues de su muerte, me ví en la necesidad de ganar mi miserable vida, entrando más como criado que como aprendiz, en casa de un viejo judío que comerciaba en piedras preciosas. El israelita murió y me instituyó su heredero, dejándome poseedor de un almacén, cuyo total valor no pasaba de 20.000 rs. Poco era, no hay duda; pero á mí, que nada poseía, me pareció una gran fortuna. Caséme inmediatamente con una dulce jóven holandesa, á quien amaba en extremo, y á cuya mano nunca pensé que podría aspirar. Pronto me hallé tan pobre como antes, gracias á dos hermosos gemelos que nacieron nueve meses despues de mi matrimonio.

Durante cinco años mantuve á mi familia con el sudor de mi rostro, pasando los días y buena parte de las noches, trabajando en montar alhajas falsas ó de poco precio. Mis hijos crecieron y formaban mi delicia y mi desesperación. Traviesos y turbulentos saqueaban mi casa para buscar juguetes que mi pobreza no me permitía comprarles. Alcanzaron por fin á apoderarse de una caja vieja y desvencijada que el judío me habia legado con todo lo demás, y cuya caja habia traído de un viaje que emprendió tres ó cuatro meses antes de morir. En la caja encontraron mis hijos tres guijarros grises y terrosos, y de ellos se sirvieron á guisa de billas, recibiendo durante algunas semanas cuantos choques son imaginables, y rodando tanto en manos de los revoltosos chicuelos, que una de las piedras se perdió y no la pudimos encontrar.

Por este tiempo me puse en relación con un rico fabricante de joyería, que me daba abundante trabajo, y me pagaba muy bien. Un día, al entrar en mi casa, recibí una pedrada en un tobillo. El dolor y el deseo de vengarse le hicieron recoger la piedra que le habian lanzado mis hijos, con objeto sin duda de arrojársela de nuevo entre colérico y risueño; pero en vez de ejecutar su designio, examinó detenidamente aquel despreciado guijarro, me miró con sorpresa, y me hizo varias preguntas sobre su origen. Yo le contesté que lo habia heredado de mi amo el judío.

—Amigo, me dijo, has hecho tu fortuna. Eres mu-

cho mas rico que yo. Estas dos piedras son diamantes, y no valen menos de un millon cada uno. Cierra tu tienda y marchemos á Lóndres inmediatamente.

Yo creia soñar; estaba desvanecido y le escuché como un estúpido. El joyero agarróme del brazo, me condujo á la diligencia y entró tambien en el carruaje. A los veinte dias vendí mis diamantes y establecí en compañía del fabricante, que de amo se volvió mi asociado, una casa de comercio en pedrería y alhajas que, gracias á Dios y al trabajo é inteligencia que en nuestros negocios presidian, prosperó más allá de nuestras esperanzas.

Hé aquí, amigos míos, las causas que me han traído á mi estado actual; por aquellos olvidados guijarros he podido adquirir una posición independiente, que me permite vivir algunas temporadas en estas encantadoras riberas de mi patria, y dar dos millones de dote á cada uno de mis cuatro hijos.

En cuanto al tercer diamante, que era el más grueso, tal vez se encuentra en manos de alguno que ignora su valor. ¡Solo Dios sabe si este valor será algun dia conocido!

Así habló D..... M.....

La vida humana ofrece numerosas analogías con la historia que nos contó. ¡Cuántos hombres poseen un don más precioso que el más rico diamante de la tierra, el genio, y mueren sin haber siquiera sospechado que para adquirir gloria y opulencia, solo les faltaba que un acontecimiento imprevisto les hubiera revelado el tesoro que su mente encerraba! ¡Cuántos Cuviers, cuántos Newton, cuántos Orfilas hubieran abierto el gran libro de la naturaleza, si la educación y las circunstancias hubieran fecundado su inteligencia, y dado valor á las ideas que tal vez han oído apellidar locuras! ¡Cuántos espíritus sublimes yacen como el grano en la tierra, sin poder germinar por falta de rocío! La chispa, que bastaría para incendiar el mundo, duerme en el pedernal eternamente, si el choque que ha de hacerla brotar no se verifica.

En las ciudades, como en los campos, se encuentran sin duda algunos Trajanos y Napoleones, pero, ¡qué reunion tan admirable de incidentes es necesaria para que lleguen á alcanzar la alta gloria y el poderoso destino á que arribaron esos y otros grandes hombres! Un, al parecer, insignificante acaso, basta para impedir que el talento vuelva á las regiones á donde su aspiración le llevaba.

¿Se necesitan ejemplos? Los anales de la humanidad nos los suministran en abundancia. Suprimid uno de los escalones por donde subieron Cisneros, Alberoni, Ensenada, Sisto V, Cronwell, Mina, ¿quién duda que hubieran muerto en la medianía ó en la oscuridad?

El ilustre general Foy hizo la guerra, y llevó la vida del soldado durante veinte años, sin que él mismo sospechase que poseía la elocuencia que dió tanto esplendor á su nombre.

Entre estos desconocidos poetas, que en nuestras provincias meridionales improvisan cantares populares llenos del fuego de la inspiración, se hallarian algunos dignos de competir con afamados vates, si un accidente cualquiera diera al precioso diamante de su ingenio el pulimento que le presta luz y estimación.

Meyerbeer y *Roberto el Diablo* fueron despreciados obstinadamente por Mr. Veron en el teatro de la Opera de París, y sin embargo, esta ópera y aquel compositor hicieron la fortuna del que estuvo á punto de desesperar al insigne maestro.

El gran tenor Masset, hijo de un armero de Lieja, estaba dotado en su infancia de una de esas voces celestiales que Dios concede solo á los niños, y que les quita cuando entran en la adolescencia, sin duda para devolvérselas en el cielo. La afición á la música que le inspiró su padre el artesano, y la miseria, le hicieron entrar en los coros del teatro. Allí cantó durante tres años, y oscuro hubiera muerto sin una de esas que llamamos casualidades.

El mismo Meyerbeer tuvo en cierta ocasion que ensayar á madame Pongaud en el duo del cuarto acto de *Los Hugonotes*, y á falta de otra cosa mejor, llamó al corista Masset. Meyerbeer le oyó, se admiró..... y Masset fué despues el artista eminente, y el aplaudido compositor de *La reina de un dia*.

Desgraciadamente, si es verdad que la sociedad encierra muchos diamantes en bruto, lo es tambien que hay en ella muchos pedazos de vidrio, que se creen piedras preciosas é inestimables, y que no se cambiarían ni aun con el Regente.

V. L.

UNA VUELTA POR EL ESCORIAL.

(IMPRESIONES DE UN LUGAREÑO.)

La sensación del agrado está más en el corazón del hombre que no en las cosas, y creo que el corazón más bien da el agrado que no lo recibe.

Fernán-Caballero.

El señor Basilio es un hombre á cuyo buen juicio he confiado siempre las cuestiones graves en que alguna vez me he visto envuelto, y nunca, puedo decirlo con verdad, ha defraudado mis esperanzas.

Lo que más distingue á este buen lugareño, porque el señor Basilio es un lugareño de tomo y lomo, es cierto buen gusto en materia de bellas artes, que suple los conocimientos que le faltan; privilegio concedido á los hombres de gran corazón y de una sensibilidad exquisita.

No há mucho tiempo se le ocurrió venir á Madrid, sin más objeto que el de visitar todo lo que hay de notable en la villa, y por cierto que yo le serví de *cicerone*, y que pasé gustosísimos ratos en su compañía por las ingeniosas observaciones que iba haciendo segun yo le indicaba, lo que, á mi ruin entender, era digno de tomarse en consideración.

A propósito de lo *reservado del Retiro*, soltó muy soberanas pullas, recordando las grutas y las fuentes naturales de su pueblo, que él prefería de buen trecho á aquellas otras que eran producto de un artificio pueril.

Impresionóme vivamente el salón oriental, y entre indignado y zumbón, nos pronunció un discurso sobre el sibiritismo y sobre la preponderancia que ejercía la materia, en mengua del espíritu, en las sociedades modernas, que los estraños que le escuchaban tuvieron por un sábio de alto copete, y á mí me confirmó en la ventajosa idea que ya tenía formada de su buen juicio y de sus sanos sentimientos.

Fuimos luego al Museo de pinturas, y el señor Basilio, que es todo un verdadero patriota, se entusiasmó con la escuela española, que segun decia es la más decente y la más cristiana de las escuelas. En algunas extranjeras, donde imperaba *el desnudo*, de tal manera se irritó mi hombre, que no tuvo inconveniente en asegurar que de muy buen grado entregaría al fuego todas aquellas obras maestras. Pero subió de punto su enojo al oír á un joven pintor, que acompañaba á una familia, hacer grades elogios de una Eva, en cuya contemplación estaba descaradamente extasiado.

—Eso es una porquería, exclamaba mi buen lugareño; ¿qué sentimiento de belleza puede inspirar semejante cuadro? Ninguno que sea noble y elevado, sino indecoroso y material. Los autores de tales obras, cuando empiecen alguna, no deben decir: «voy á pintar un cuadro, sino voy á cometer un crimen»; y el crimen, por grandioso y magnífico que aparezca en sus medios, no deja nunca de ser crimen. Vamos, vamos de aquí, me dijo; no quiero ver esta infame prostitución del arte.

Y salió de la sala echando chispas, mientras el pintor se reía desdeñosamente de aquel *profano*.

Yo, que conocí las ideas del señor Basilio, no quise bajarle á la sala de escultura, para evitarle un disgusto de más grandes proporciones.

Propúsele, pues, una vez que concluimos de visitar lo notable de Madrid; pasar un dia en el Escorial, cuya proposición fué inmediatamente aceptada por el señor Basilio.

Esto era en el mes de noviembre, si mal no recuerdo. Convinimos en el dia de la expedición, y muy de mañana en el citado dia, que era festivo por más señas, nos dirigimos al ferro-carril del Norte, despues de haber oído nuestra misa de obligación.

—Mal tiempo vamos á tener, me dijo el señor Basilio apenas pusimos el pié en la calle.

—¿Cree Vd. que lloverá? le pregunté.

—Antes de media hora, me contestó echando una mirada inteligente por el horizonte.

En efecto, el cielo estaba velado por una capa cenicienta que el sol no podía romper, lo cual daba al dia un aspecto triste y melancólico, como los del invierno en los países septentrionales.

Esto unido al haber madrugado más de lo que teníamos por costumbre, fué causa suficiente para que emprendiéramos el viaje con cierta sombra de mal humor.

Llegamos á la estación, tomamos nuestros billetes de segunda, empaquetamos nuestras humildes personalidades en un wagon de la clase correspondiente, y á poco el prosáico pito dió la señal de partir.

No bien habria trascurrido un cuarto de hora, cuando empezó á caer una agüita menuda, tenaz é imperpetinente, como las palabras blandas de un hipócrita.

—El cielo no ha querido desmentirme, dijo el señor Basilio.

—Lo peor es, contesté yo, que esto no lleva camino de concluir tan pronto.

—¡Cál! ha empezado ya para toda la semana.

—¡Voto al chápiro! pues vamos á pasar un dia divertido.

—Afortunadamente yo he sido previsor y me he traído el paraguas.

—No me consuela ese remedio. Las maravillas, como dicen que es el Escorial, pierden mucho de su mérito si el sol no les presta algo de su brillantez y de su hermosura.

—Pues hijo, replicó mi compañero, hoy tenemos que contemplar esa maravilla bajo la influencia de un cielo de Escocia.

—¡Cielo de Escocia! Prefiero el bacalao de ese país.

—Acaso le hallemos tambien para almorzar en ese pueblo...

Y así continuó nuestra conversacion unas veces animada y otras lánguida y monotoná, como el aspecto que el cielo presentaba, hasta que la voz chillona de un avisador nos advirtió que habíamos llegado al fin de nuestra jornada.

Dejamos el tren y montamos en un ómnibus, veloz como el mensajero de una mala nueva, que nos condujo á una de las fondas del pueblo. Desde allí tomamos el camino del monasterio y á los pocos instantes nos hallamos en una de las grandes esplanadas de piedra que le rodean.

El dia lluvioso, el paisaje árido y triste, el inmenso edificio monotonó y sombrío, cuanto veíamos en derredor nuestro negruzco y lúgubre, todo, en fin, fué parte á que mi compañero y yo nos sintiéramos como oprimidos bajo el peso de una atmósfera densa, impregnada de vapores oscuros y tétricos, como esas nieblas parduzcas que coronan los montes de la Scandinavia.

Observé en el señor Basilio un movimiento de disgusto que correspondía á un gesto displicente, que yo debí hacer delante de la famosa maravilla.

Como siempre solemos imaginar más grandiosamente las cosas que no hemos visto, pero de las que hemos oído hacer encomios y ponderaciones sin cuento, no es estraño que en aquel instante nos sintiéramos un si es no es chasqueados y aun frios.

Pasados unos minutos rompí el silencio dirigiéndome al señor Basilio:

—Verdaderamente que el país y el edificio que tenemos á la vista rebelan bien el carácter de Felipe II. Solo la meditación y el hastío del mundo pueden levantar en estos sitios un convento: esto es admirable para morirse un hombre de melancolía. Hay quien supone que Felipe II fué un gran criminal; pudo serlo en Madrid; pero aquí, en medio de esta naturaleza lúgubre y salvaje, á través de la cual solo se vé al Dios inflexible de la justicia, apenas se concibe el crimen. En todo esto creo adivinar un hombre contrariado en sus afecciones, que hallando raquíco el orbe á la enormidad de su deseo, escogió un miserable rincón en la tierra donde alzar cuatro paredes que escondieran su profunda melancolía. ¿Y Vd., señor Basilio, que vé en esto?

—Mucha piedra, hijo, ¡mucha piedra! me respondió el buen lugareño encogiéndose de hombros.

Esta inesperada contestación cortó los vuelos de mi discurso.

—Vamos á ver que nos dan por allá dentro, me dijo el señor Basilio, que esto ya me lo he aprendido de memoria. Como que no hay más que una letra repetida en este libro.

—Vaya, métase Vd. debajo de mi paraguas, porque sigue lloviznando con una terquedad aragonesa.

Me cogí de su brazo y nos internamos por la primera puerta que se nos puso por delante.

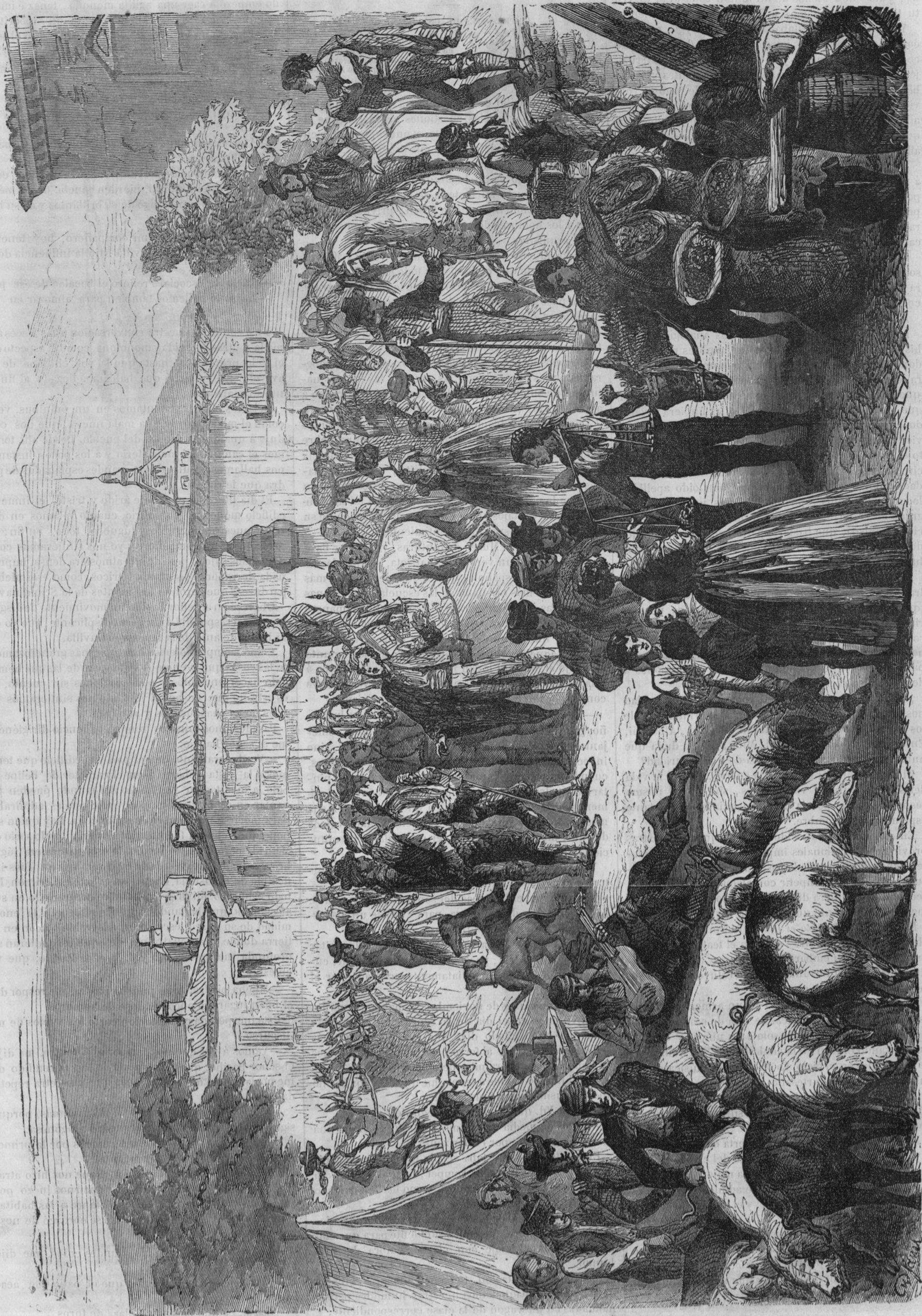
Saliónos un hombre al encuentro que nos hizo atravesar un patio inmenso para conducirnos luego por entre pasillos y galerías, iguales siempre á las habitaciones del palacio, donde otro guía se encargó de nosotros.

—Jóven, ahora vienen las grandes cosas, me dijo mi compañero.

—¡Grandes! no lo serán más que el patio que acabamos de ver.

—Eso sí; es una magnífica plaza de toros.

—Hoy está Vd. mordaz, señor Basilio.



LA FERIA DE ALCALÁ.



Villa Eugenia.

Casino.

Roca horadada.

BIARRITZ.

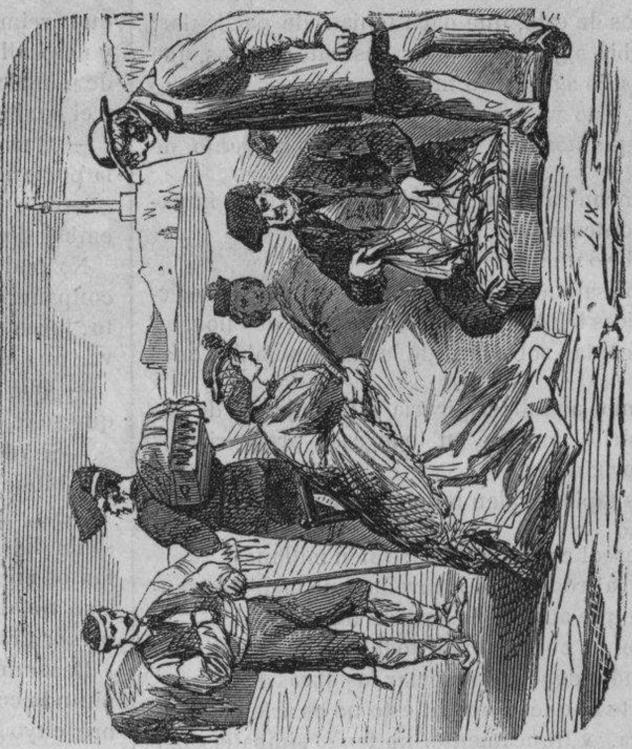
La bella situación de Biarritz y el carácter pintoresco de su costa, cortada d trecho en trecho por vastas rocas, entre las cuales las espumosas olas del Océano vienen á estrellarse; la hermosura del país, su proximidad á España, atraen todos los años á aquel punto un número considerable de bañistas. No haremos aquí una descripción estensa porque todo el mundo conoce á Biarritz, y los que aun no hayan visitado este delicioso sitio es más que suficiente para formarse una idea exacta la vista del grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores.

La emperatriz Eugenia ha hecho construir, hace algun tiempo, una deliciosa casa de recreo, que todos los años ocupa por espacio de algunas semanas. Titúlase esta *Villa Eugenia*, y en nuestro dibujo se destaca en la parte superior del lado izquierdo. La playa es de las mejores que se conocen, por bien acondicionada, y sirve al mismo tiempo de paseo y punto de reunión para los bañistas.

Finalmente, como la estación de los baños de mar se halla muy adelantada, nos limitaremos por hoy á ofrecer la vista de Biarritz, tomada desde el sitio más á propósito, aplazando para el año próximo, si Dios quiere, un artículo de costumbres, en que nos ocuparemos de este hermoso puerto, y entónces tendrá mejor que hoy el don de la oportunidad.



ALDEANOS Y ALDEANAS DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.



BAÑISTAS Y BUCHONEROS ESPAÑOLES.

—¡Bah! ¿Qué quiere Vd. que diga si hasta ahora no hemos visto más que una cantera?

Penetramos en las salas del palacio.

En unas vimos muchos muebles del siglo pasado y de principios de este, que nada tenían de particular; en otras había algunos cuadros bastante buenos, que al señor Basilio agradaron mucho.

—Vamos, esto ya se puede ver, decía. Solo que no es esto lo que nosotros buscamos, sino el génio de Herrera.

—Ya le encontraremos, hombre; no sea Vd. impaciente, le contesté yo.

El guía abrió una puerta y dijo:

—En estos salones tienen Vd. una magnífica colección de tapices tejidos en España muchos de ellos, en donde hay copias soberbias de los más notables cuadros.

Examinamos aquella tapicería y no dejamos de admirar su mérito, aunque en todo caso preferiríamos los lienzos originales.

—¿Y estos tapices valen mucho? preguntó al guía el señor Basilio.

—¡Ya lo creo! contestó aquel; valen millones.

—¡Caramba! repuso mi lugareño: que bien nos vendrían ahora que anda el Tesoro tan ligero.

—Hombre, le objeté yo; no todo ha de ser dinero en este mundo; debemos respetar las obras de arte.

—¡Qué arte ni qué calabaza! esto no es arte, esto es manufactura, y francamente, no tengo simpatías por la manufactura; me repugnan las máquinas; por eso no me hace tampoco gracia la fotografía. El arte no se revela nunca contra el hombre; canta su génio y le glorifica; pero las máquinas llegan á ser más poderosas que el hombre, y le humillan y se burlan de él y le aplastan. Dicen que caminamos hácia la libertad y yo veo que dentro de poco seremos esclavos de nuestros mismos productos. ¡El pensamiento esclavo de la materia! ¡el hombre hecho un vil juguete de la máquina!... lo que hacemos hoy, es retorcer y pulir con nuestras propias manos la cuerda que nos ha de ahorcar mañana. ¡Medrados estamos con nuestras invenciones!

—Vaya, señor Basilio, no se exalte Vd., le repuse yo sonriendo; veo que la densidad de la atmósfera y lo tenebroso del cielo le sugieren á Vd. ideas muy extravagantes. Sigamos en nuestro exámen.

Y fuimos recorriendo todas aquellas habitaciones sin que lograran despertar la atención ni la curiosidad siquiera de mi señor Basilio.

Teníamos deseos de ver la iglesia y á toda costa hicimos que nos guiaran allá.

Hubo de conducirnos otro de los acompañantes que se apresuró á hacernos observar las lámparas de oro y los dos tan lujosos como chillones púlpitos que hay á los lados de la escalinata del altar mayor. Mientras él se entretenía en decirnos cuánto habían costado y quiénes y cómo los habían construido, nosotros fijábamos la atención en la escalinata y en el altar, donde creímos ver una idea grandiosa llena de magestad y de veneración, tal como la reclama el divino objeto á que se destina; idea que es muy superior á todo el oro y el jaspé del mundo. El señor Basilio encontró en aquella obra un verdadero espíritu religioso, tanto que no pudo menos de arrodillarse en uno de los escalones y tener algunos momentos de oración delante del mismo altar, que tantas veces escuchó las fervientes plegarias del hijo de Carlos el emperador.

El resto de la iglesia nos agradó poco: entusiastas del arte gótico mi compañero y yo no nos sentíamos impresionados por aquellas columnas anchas y cobardes sin gracia y sin gallardía. Luego nos enseñaron el famoso techo que corresponde al piso del coro, y nosotros, á fuer de profanos en la materia, vimos allí más la ciencia del arquitecto que al artista. Admiramos en silencio (¿qué habíamos de hacer?) y dejamos hablar á nuestro guía que no llevaba trazas de acabar tan pronto con su charla sempiterna.

Nos condujo después al panteón... ¡oh! el panteón es realmente magnífico y suntuoso... sino estuviera habitado por esqueletos augustos, muy augustos, sí, pero esqueletos!

Mi compañero escuchó en silencio los nombres que el guía iba repitiendo de los que allí reposaban, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho ante aquellas tumbas que encerraban tantos recuerdos de gloria y de vergüenza, de felicidad y de amargura. No sé qué ideas ocuparían en aquel momento su imaginación pero estuvo largo rato sin desplegar los labios, hasta el fin que dando un suspiro le oí murmurar estas palabras: *sic transit gloria mundi*.

Nos despedimos de las sombras de aquellos ilustres personajes, de quienes ya no quedaba en la tierra más que polvo, y á los pocos instantes después de atravesar algunas galerías, nuestro *cicerone* abrió una puerta, que creímos conduciría á un pasillo ó cosa semejante, y nos hallamos en una humilde habitación, desnuda de muebles y adornos, con las paredes blanqueadas, y el pavimento modestamente enladrillado.

—¿Qué es esto? preguntó el señor Basilio; ¿es acaso la portería?

—Este es el cuarto de Felipe II; aquí recibía á los embajadores... ¡Allí murió!

No pudimos contener un grito de admiración; mi compañero y yo nos quedamos mirando un momento, luego nuestras manos se juntaron... y hasta creí ver una lágrima en los ojos del señor Basilio.

—¡Qué hombre! ¡qué hombre aquel! fué lo único que se le ocurrió al entusiasta lugareño.

—Si Vds. quieren, nos dijo el guía, podemos subir á la biblioteca y después al cimborio...

—No, no; no quiero ver más, se apresuró á decir el señor Basilio; estoy ya cansado de tanta piedra, de tantos millones y de tanta ostentación. Necesitaba ver algo notable y ya he visto este cuarto... No concibo mayor grandeza.

Recorrimos toda la habitación una y cien veces, respirando con ansia la atmósfera que respiró aquel hombre, cuyo génio dominaba desde un miserable gabinete los pueblos del uno y otro mundo, nos sentamos con orgullo en el sillón de aquel gran rey; vimos la banqueta de Antonio Perez y en seguida abandonamos aquellos lugares, poseídos de una melancolía profunda, que en nuestro corazón engendraba el recuerdo de las pasadas glorias y del inmenso poderío que acaso ya no volverá á tener nuestra querida España.

Quando salimos... continuaba lloviendo todavía.

Marchamos á esperar el tren á la estación, donde almorzamos malamente, aunque no nos dieron bacalao, y á la hora y media poco más ó menos, volvimos á estar empaquetados en un wagon de segunda, que, sin más novedad, nos trajo á la coronada villa.

VALENTINO.

CANTARES.

Comparaste tu querer
A aquella torre de piedra,
Sin ver que, aunque dura y firme,
Termina en una veleta.

Tu vida, niña, y mi vida
Son como dos luces juntas,
Que á un tiempo mueren las dos
Si quiere apagarse una.

Si solo hubiera una fuente
Y te olvidara al beber,
Antes que probar sus aguas
Me moriría de sed.

En la losa de un sepulcro
Tu nombre escrito lei:
Como no me quedé muerto,
Que no eras tú comprendí.

Pendiente de un collar negro
Llevas al pecho una cruz,
En prueba de que allí he muerto
Y que me mataste tú.

IGNACIO VIRTO.

MEMORIAS DE UN CANARIO.

Del libro inédito SUEÑOS Y REALIDADES.

I.

Era en el Suizo. Acababan de dar las doce de la noche.

Nos hallábamos tres amigos alrededor de una de las mesas del saloncito de la pastelería, que sirve de comunicación entre el Suizo viejo y el nuevo.

De los dos que estaban conmigo uno era periodista, y el otro hacia un mes que había recibido la borla de medicina.

Estábamos en silencio, devorando el periodista un beefsteak que Mayer acababa de servirle, mirando el techo el nuevo doctor, y tomando yo el acostumbrado chocolate.

No había nadie más que nosotros en la pastelería. De pronto el doctor exclamó como si siguiera una conversación interrumpida.

—Pues es triste cosa que después que uno se muera el alma haya de ir á refugiarse en un animal miserable.

—Nada más lógico, dijo el aprendiz de político; la casa en que vivía el alma es expropiada por causa de utilidad pública, esto es, para dejar sitio á otro individuo; así es que la pobre alma tiene que ir á refugiarse en el primer cuarto desalquilado que encuentra, bien sea en el asqueroso cuerpo de un sucio cerdo, que se revuelca en el lodo, bien en el esbelto y ágil de una gacela ó de una girafa.

—Tengo para mí, dije metiendo mi cucharada, que el tomar la nueva casa no ha de ser cosa que la casualidad arregle á su antojo. Me parece que no solo ha de ser como una espaciación para nuestro espíritu el estar encerrado en una envoltura miserable, después de haber sido inquilino de un cuerpo humano, sino también que según las inclinaciones demostradas en la vida, según los caracteres, la transmigración se verificará en animales de tendencias análogas. Así que se me figura que el alma de Napoleón I, por ejemplo, debe haber trasmigrado al cuerpo de un león; Cavour sin duda ha tomado la forma de una zorra astuta y perseverante ó la de una serpiente; Setins, el tenor de voz dulce y melodiosa, debe ser hoy un pardo ruiseñor, el alma del hombre sesudo, grave y majestuoso trasmigrará al elefante; la del lascivo al mono, la del apático á la tortuga, y así sucesivamente.

—No me parece mal ese sistema, dijo el redactor del *Arco Iris*; Pitágoras fué sin disputa un grande hombre y tú completas su teoría. Según eso nuestro amigo el doctor, que sin cesar hace el oso á cuantas muchachas vé, está sumamente espuesto, si tiene la debilidad de morir, á ser conducido por un saboyano á tener que bailar ante los chicos, las amas de cría y los soldados, ó á pasearse sin interrupción en una estrecha jaula de una casa de fieras.

—En cambio tú, discípulo de Maquiavelo, que no paras un momento, que todo lo ves, que todo lo sabes, que á todos lanzas los dardos de tu fina y picante sátira, estás sin duda predestinado á ser un herizo cubierto de agudas puas, y á arrojarlas á todo bicho viviente, como ahora haces con tus incesantes epigramas.

—Entonces, yo, dije á mi vez en mi calidad de dilettanti benemérito, ó más bien de melómano hecho y derecho, el día menos pensado me convierto en un amarillo canario ó en un pintado gilguero.

—No creo en la larga serie de metempsicosis de que habla Pitágoras. Tengo para mí que el alma solo sufre tres transmigraciones después de la muerte: la primera al mundo animal, la segunda al vegetal, la última al mineral.

—¿Y después de esta última transformación?

—No sé á punto fijo lo que nos sucederá, dijo el del *Arco Iris*. Si el alma es inmortal, como yo creo, debería hacer las transmigraciones en sentido contrario, es decir, empezando por roca y acabando por el hombre; de la forma humana pasar á espíritu puro ó purificarse previamente en un período de transición, en una vida superior á nuestra vida, en otro mundo, en otro planeta, en la luna por ejemplo.

—¿Crees en el espiritismo? pregunté al periodista.

—Yo creo en todo. Hace un mes escribía en *El Radical* y creía á piés juntillos en el credo democrático; hoy sigue siendo la democracia mi ideal, pero creo que las circunstancias exigen un término medio y soy doctrinario y escribo en el *Arco Iris*. ¿Quién sabe si mañana seré neo-católico, sin dejar de ser demócrata y doctrinario?

—Pues yo no creo en nada, dijo el doctor.

—Como que eres médico.

—Sí, creo en la materia, en el principio vital, en las transformaciones de la vida y la materia, pero en nada más. Por eso creo que las transmigraciones deben ser en el orden que primero las hemos dicho; esto es, empezando por el hombre y acabando por el mineral; y cuando los agentes atmosféricos ó algún agente químico ó un cataclismo destruyen la roca, la disuelven ó la funden, entonces dió fin aquel ente que fué un hombre, un bruto, una planta y un mineral.

—En eso no estoy conforme. La vida debe ir prolongándose según esa teoría; la vida animal es corta, la vida de las plantas suele ser más larga, y la vida inorgánica es casi eterna: la roca es perenne, inmutable,

casi divina; vedla coronarse de blanca nieve ó de seculares bosques y vivir siglos y más siglos, mientras sobre ella pasan generaciones y más generaciones de plantas y de animales.

—Pero la causa que la hizo aparecer la hará desaparecer también.

—Por eso no he dicho eterna, sino casi eterna.

El reloj de la pastelería dió la una.

—Es tarde, dijo el esculapio, y mañana tengo muchas visitas que hacer. Me voy á dormir.

—Yo aun tengo que ir á la Iberia y al Casino á caza de las últimas noticias, y por último á la redaccion para echarlas mañana por bajo de la puerta á los suscritores del *Arco Iris*.

—Pues yo, dije, que no tengo visitas ni periódico, me voy á Recoletos á ver la luna y á tomar el fresco.

—Lo que verás serán parejas sospechosas que te distraerán de tus poéticas meditaciones, ó algun individuo que te preguntará qué hora es, y enamorado de repente de tu reloj querrá trasladarlo incontinenti á su bolsillo.

—Teneis razon; lo mejor es meterse en la cama y eso voy á hacer.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

(Se continuará)

SEGADORES Y VENDIMIADORES DE ROMA.

Cumpliendo nuestra promesa hecha en el número anterior, ofrecemos hoy la reproduccion de otra de las más notables creaciones del célebre artista Leopoldo Robert. El cuadro de *Los vendimiadores ó sea fiesta de la madona del arco*, que aparece en la página de nuestro semanario, es digno hermano del que se conoce con el título de *Los segadores*.

Ambos bellísimos cuadros, que en el día se hallan justipreciados en una crecidísima suma, inspiraron al célebre escritor Mr. de Lamartine un notable artículo, que nos sería imposible insertar íntegro por su extensión, pero del cual copiaremos algunos párrafos para dar una idea del elevado concepto en que aquel hombre eminente tenía las dos citadas obras de Leopoldo Robert. Uno de ellos dice así:

«Contemplando bien ese magnífico cuadro (los segadores) y penetrando en el concienzudo pensamiento del grande artista que lo ha creado, no es posible permanecer indiferente. En él se refleja la verdadera poesía de la felicidad; es el ideal de la paz y de la dicha de los campos; es el infinito en la calma tranquila de la naturaleza; es el idilio de la humanidad en su primer idea y en presencia del Creador; idilio transportado hoy día bajo un sol purísimo á este mundo de trabajos y de fatigas, pero lleno aun de toda la felicidad que esta tierra corrompida y miserable puede ofrecer al hombre.

«Tal es evidentemente, según nuestra opinión, el pensamiento que preside el cuadro. Es un himno, un *Evohe*, un sublime cántico pintado con formas y colores sobre un tosco lienzo. Entre Teocrito y Virgilio con sus églogas, y el inspirado autor de tan bellísimos cuadros, nosotros preguntaremos al espectador: ¿quién ha sido más poeta, esos poetas ó este pintor? Estamos convencidos que nos contestarán sin vacilar: el gran poeta lo ha sido ese notable artista. «Y ese artista es Robert, el gran lírico de *Los segadores* y *Los vendimiadores*.»

Mr. de Lamartine termina su artículo en los términos siguientes:

«Es imposible encontrar una espresion que signifique bastante bien la espresion que produce la vista del cuadro *Los segadores*: Rafael pintó *La trasfiguración* de un Dios. *Los segadores* de Robert son la *La trasfiguración* de la tierra.»

Después de esto, cuanto nosotros pudiéramos añadir sería pálido, y en su consecuencia aquí terminamos esta reseña.—B.

HISTORIA DE MUCHAS.

No recuerdo, vive Dios,
Dónde leí cierta historia...
Contémosla entre los dos,
Si tú me ayudas, Victoria.

Pero no arrugues el ceño,
Mi bien, mi dueño!...

Era una mujer... no tal;

Era una niña, y tan pura,

Que en su frente virginal

Lucía con brillo igual

La estrella de la ventura.

Ah! yo la ví; recorría

Del prado las verdes salas

Como un ave; parecía

Que le prestaba sus alas

El ángel de la alegría.

—Si amada la niña fue?

Si ella también llegó á amar

Ya, Victoria, lo diré

Si me dejas acabar.

—Pero no arrugues el ceño,

Mi bien, mi dueño!...

—La niña bella, inocente

Signió corriendo en los prados,

Siempre brillando en su frente

Los colores sonrosados

De su pureza riante.

Un día con arrogancia

Llegó en su sien á ostentar

Llena de suave fragancia

Una flor, que dió en llamar

La flor ¡ay! de la constancia...

—Cuando recuerdo esta historia

El corazón se me salta...

Ah! que bien sabes, Victoria,

Lo que de la historia falta!

—Pero no arrugues el ceño,

Mi bien, mi dueño!...

—Pasó un día: un mes pasó,

Y un año quizás... mas yo

Ya no ví por la pradera

Aquella niña hechicera

Cuya gracia me encantó...

Hoy hallo al fin mi paloma

Su hermoso matiz perdido,

Y entre sus trenzas asoma

Mústia flor y sin aroma,

Porque es la flor del olvido!

—Y ya no hay más; ¿os da enojos

Mi relación?—cosa rara!—

Victoria, y bajas los ojos

Como si contigo hablara!...

—Por Dios, desarruga el ceño,

Mi bien, mi dueño!...

VALENTINO.

LA FERIA DE ALCALÁ.

Pocos espectáculos se ofrecen al observador y al viajero, tan animados y ruidosos como el que presenta una feria de nuestro país. Así lo ha comprendido Gustavo Fanet en el dibujo que representa la feria de Alcalá, que acaba de verificarse estos días, y que es una de las más populares de España. Verdad es que Alcalá, tanto por su proximidad á Madrid como por lo bello de sus edificios y lo interesante de sus recuerdos históricos, merece ser visitada con atención, sobre todo su famosa Universidad que ha compartido con la de Salamanca el imperio de la ciencia, contribuyendo á inmortalizar el nombre de Cisneros.

Sin embargo, la Universidad es el sitio menos visitado en los días de feria, y la mayor parte de los arrieros que inundan las plazas, ignoran al partir que aquella fué la patria de Cervantes, y que acaso existen todavía entre ellos algunos de los tipos que retrató con tal maestría.

LA CAZA.

Avanzando como avanza la estación, y próxima á levantarse la *veda*, damos hoy en la página última de nuestro semanario una preciosa alegoría de la caza, admirablemente dibujada por el célebre artista *Gustavo Doré*. La parte superior de la alegoría representa la llegada al bosque de los cazadores. Varios han descendido ya con los perros del carruaje, en tanto que los demás continúan aun en aquel, con objeto tal vez de trasladarse á otro punto. El centro representa el encuentro con el javalí, los cazadores en el acto de hacer

fuego sobre él, y los perros avanzando sobre la fiera.

Finalmente, la parte posterior es un bellissimo cuadro; el regreso de la caza, lleno de verdad y de animación. Los cazadores, cansados de las fatigas del día, se han quedado dormidos al lado de la chimenea de la cocina, en tanto que les preparan la mesa para cenar. La jauría, agrupada á pocos pasos, espera tomar también parte en el festín, y entre tanto se calientan junto al hogar tranquilamente, aunque alguno de los sabuesos da marcadas muestras de impaciencia. El conjunto es magnífico y digno del célebre artista que lo ha concebido.

SALAMANCA.

El grabado con que encabezamos hoy nuestro número, es la vista de la ciudad de Salamanca, por tantos motivos célebre. Capital de la provincia que lleva su nombre, se haya situada sobre el Tormes, entre tres montañas y dos valles. Su Universidad, que disfruta de una reputación europea, fué en su tiempo la primera de España. Además posee varios y célebres colegios. Son tantos y tan suntuosos sus edificios, que la llamaban *Roma la Chica*. Muchos han sido destruidos y otros deteriorados. Merecen citarse entre ellos la Catedral, San Marcos, San Estéban, y el palacio de Monte Rey. Su plaza es notable por su arquitectura y capacidad: tiene un puente de 27 arcos, 44.000 habitantes, y creése que en su Universidad se concluyeron *las Partidas* y *las tablas Astronómicas*. En el puente empieza la calzada Romana llamada de la Plata, y á seis millas se ven los restos preciosos de unos baños antiguos con mosaico romano.

AVISO IMPORTANTE.

Finalizando ya el primer semestre de nuestra publicación, suplicamos á nuestros suscritores de provincias, se sirvan renovar con tiempo oportuno sus abonos, si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. B. C., de Sesa.—Recibidos sus sellos y queda usted abonado hasta fin de febrero.

D. F. W. P., de Béjar.—Recibidos los 14 rs. y queda renovada su suscripción hasta fin de febrero.

D. M. R., de Granada.—Queda renovada su suscripción hasta fin de febrero, por la que hemos recibido ya los 14 rs.

D. E. M. Z., de Poble de Lillet.—Tenemos ya recibidos los 28 rs. en sellos, y quedan por lo tanto renovadas hasta fin de febrero las suscripciones semestrales de D. A. S. y la de V.

D. J. M. y R., de Falset.—Queda servida y abonada hasta 28 de febrero de 1866 la suscripción para D. J. P. y V. de Marsá.

D. A. R., de Torrenueva.—Queda renovada hasta fin de febrero de 1866 la suscripción de ese Casino, cuyo importe hemos recibido.

D. J. C., de Cádiz.—Recibidos los 14 rs. y renovada su suscripción hasta fin de febrero.

D. J. M. G., de Puente la Reina.—Renovada y pagada su suscripción hasta fin de febrero.

D. J. M. P. M., de Barcelona.—Renovada y pagada su suscripción hasta fin de febrero.

D. J. M., de Almansa.—Recibidos los sellos, renovada su suscripción hasta fin de febrero y servido el núm. 18 que pidió.

D. A. M. y M., de Puebla de Guzman.—No podemos complacer á Vd. insertando su carta, por falta del espacio necesario.

D. M. T., de Zaragoza.—La portada solo se regalará á nuestros suscritores, al finalizar el corriente año.

D. R. de la R., de Padron.—En el núm. 12 están los precios que Vd. pide. Se han publicado ya setenta y tantos números.

D. A. R., de Ceuta.—Procuraremos insertar sus geográficos.

D. F. A., de Córdoba.—Renovada su suscripción.

D. J. M. C., de Puebla de Guzman.—Recibidos los 28 rs. para renovar su suscripción y la de D. F. C. y C. hasta fin de febrero.

D. A. A. y D. J. P., de Palma de Mallorca.—Renovadas sus suscripciones.

D. B. M., de Alfaro.—Recibidos los 14 rs.

D. M. M.—Recibidos los 14 rs. y servida su reclamación.

D. J. H., de Maguilla.—Renovada su suscripción desde 1.º de setiembre.

D. A. S., de Almansa.—Servido por tercera vez el núm. 20 que Vd. pide.

D. F. M., de Lorca.—Por tercera vez queda servido el núm. 23.

D. C. J. S., de Murcia.—No es necesario el talon que Vd. reclama.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERRA.
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



LA CAZA.